

Ignacio Sánchez-Cuenca; *LA DESFACHATEZ INTELLECTUAL. ESCRITORES E INTELLECTUALES ANTE LA POLÍTICA*, La Catarata, 2016 (248 pp.). ISBN 978-84-9097-259-5

J. Agustín Franco Martínez¹

Universidad de Extremadura

El nivel del debate económico bajo la influencia sofocante y opresiva de los aires capitalistas es de muy baja calidad. Y en la prometeica tarea de elevarlo destacan las reflexiones breves, claras y certeras de economistas y autores heterodoxos.

Un buen ejemplo es el libro de Ignacio Sánchez-Cuenca sobre *la desfachatez intelectual* de escritores e intelectuales ante la política, que bien podría haberse titulado más correctamente como '*ante la economía política*'.

El concepto de 'desfachatez intelectual' remite en última instancia a esa idea de falsa intelectualidad, de prurito fariseo, de vaciedad moral oculta... La desfachatez ante la *economía política* alcanza cotas insuperables, aunque nos centraremos aquí especialmente en las consecuencias de la conversión de la economía en religión.

Así, la *economía conversa* idolatra la competitividad llevándola hasta límites insospechados, por ejemplo, ignorando las investigaciones sobre la relación existente entre rendimiento escolar y factores socioeconómicos, lo que nos ayuda a entender, en gran medida, varias cosas: por qué tras tanta corrupción siguen gobernando los mismos y por qué es incongruente e inútil establecer clasificaciones de centros de enseñanza (excepto si el objetivo es privatizar y convertir la educación en un privilegio).

Particularmente Sánchez-Cuenca (2016: 185) subraya que "los resultados de 2012 de la prueba de PISA en matemáticas en las comunidades autónomas tienen una fuerte correlación con las tasas de alfabetización en 1860. (...) Madrid tenía una alfabetización en 1860 del 50% y Extremadura no llegaba al 25%. Entre 1860 y 2012 han ocurrido bastantes cosas en España... Sin embargo, la composición socioeconómica de las regiones sigue explicando, en mayor medida que otros factores, las diferencias en

¹ franco@unex.es

el rendimiento de los escolares". Y continúa: "Otra variable fundamental... es el nivel cultural de los padres. (...) En familias de bajo nivel cultural, los resultados de los hijos en la escuela son peores".

También se ha puesto de moda criticar entre las filas de la derecha económica la teoría sobre las élites extractivas basada en la famosa obra de Acemoglu y Robinson. Pero, indagando más, veremos que no es tan descabellado el cuestionamiento del papel predatorio de las élites, de esas oligarquías cuya principal función es extraer rentas sin trabajar. Así, ya en 1971 J.K. Galbraith en *Economics and laughter* hablaba de las élites como 'clases no funcionales' para explicar las causas del subdesarrollo y la pobreza.

Igualmente, Jeffrey Winters hace lo propio en 2011 en su libro *Oligarchy*. Por no mencionar el magnífico e injustamente olvidado libro de Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo*. Y de ahí a desembocar en los estudios sobre fraude y corrupción económica ya sólo hay un paso. No verlo es más fruto del aire enrarecido que de una voluntad consciente de no ver. Ni se ve ni se conoce, como un plan oculto, al que muchos se resisten a llamar 'conspiración', pero no lo llaman de ninguna manera, en realidad es sólo la 'agenda oculta'.

La 'agenda oculta' del establishment es uno de esos conceptos que son claves ante tanta superficialidad y ruido como abunda en el debate público y mediático sobre el capitalismo. Si tal concepto analítico, el de 'agenda oculta', estuviera más presente en el debate público, probablemente se orientaría mejor la denuncia de la desfachatez de escritores e intelectuales metidos a analistas económicos y políticos hacia una crítica frontal a los medios de comunicación que les dan cancha. La crítica a los *mass media* no quedaría implícita, desperdigada en anécdotas personales (como los múltiples casos de autores censurados en un periódico u otro) que nos relata el autor de *la desfachatez...*

Tampoco en la Academia estamos exentos de desfachatez. No puede olvidarse la denuncia de Castela cuando afirmaba que los licenciados de universidad son las amas de cría del caciquismo. Por no hablar de las capillas y facultades de teología católica o el sesgo ideológico pro-capitalista mayoritario de las facultades de económicas (auténticas facultades de teología de los mercados o *Marketheology*).

Dudo mucho que una buena parte del debate académico en general y el de los economistas, en particular, sea de mejor calidad que el debate público dominado por la desfachatez intelectual en las ideas económicas. Especialmente quienes pretenden conmutar la vigencia del método de análisis de Marx, trasladando el conflicto de clases sociales a un problema demográfico de inmigración (aunque se llame Branko Milanovic). Ignorando la voz de otros expertos que han desmontado hace tiempo ese argumento perenne del pesimismo demográfico maltusiano (p.e., Barry Commoner).

Las sandeces y contradicciones en lo económico de periodistas y académicos no son anecdóticas. Así, sería interesante un análisis crítico de la calidad del debate económico siguiendo los dos criterios básicos utilizados por Sánchez-Cuenca (o como decimos aquí 'la navaja de Sánchez-Cuenca'): provincianismo intelectual y visión miope de las causas.

Otra deficiencia del debate intelectual sobre lo económico es la clamorosa falta de cuestionamiento del pensamiento liberal y de la derechización de los intelectuales (constatando que en sentido inverso es lo menos habitual). Me pregunto por qué sólo se da visibilidad a los cambios hacia la derecha y no a los de la izquierda.

En cualquier caso, esta crítica al liberalismo económico me parece lo más valioso del debate público sobre la economía política, que realizan pocos autores, entre ellos el propio ensayo de Sánchez-Cuenca, porque de forma breve y sin pretensiones, casi pasa como algo secundario, es realmente lo mejor, la crítica al pensamiento liberal: su obsesión por la eficiencia, el olvido deliberado de la igualdad, su silencio sobre las medidas redistributivas, su odio a la democracia...

Aunque Sánchez-Cuenca acaba cayendo en lugares comunes, por ejemplo, cuando afirma "que dejar a un margen el problema distributivo constituye un error serio de las reformas de inspiración liberal". Es obvio que tal caracterización se hace dentro de un marco de pensamiento (intuyo que el de un mitológico capitalismo con rostro humano) e ignora que tal 'error' puede ser en realidad una 'convicción', una 'seña de identidad' del pensamiento liberal en la medida que entiende que la desigualdad es un producto individual de personas que no se han esforzado lo suficiente.

Si bien lo más polémico y discutible del ensayo de Sánchez-Cuenca, que también es la creencia más extendida entre expertos y académicos que utilizan la economía de modo instrumental y decorativo, es cuando sostiene que "la economía es la ciencia social más desarrollada, tanto en cuanto a rigor teórico como en cuanto a procedimientos estadísticos para poner a prueba hipótesis". En absoluto es cierto.

Implica un grave desconocimiento de la historia del pensamiento económico. Implica un desconocimiento sobre las controversias acerca del estatus científico de la Economía, desde la obra de Mario Bunge, *Economía y Filosofía*, a la de Amartya Sen, *Ética y Economía*. Y, sobre todo, implica un grave olvido de la mejor tradición de pensamiento económico, el marxismo.

Supone ignorar la constatación de Manfred Max-Neef, que afirmó que la economía que se hace y enseña en el siglo XXI es la misma economía que la del siglo XIX. Supone ignorar el trabajo metodológico de Tony Lawson y su crítica al abuso de las matemáticas en economía.

Supone ignorar las polémicas y heridas abiertas sobre el sesgo ideológico y, por ende, su falta de objetividad científica, en la investigación y enseñanza de la economía. Desde los trabajos de Amitai Etzioni, como su revisión de estudios sobre los efectos morales antisociales de la enseñanza de la economía ["The Moral Effects of Economic Teaching", *Sociological Forum*, 2015, 30(1): 228-233], hasta el informe monográfico de Economistas Sin Fronteras de 2014 sobre *la enseñanza de la economía*.

Sin mencionar otros autores que han puesto el dedo en la llaga al denunciar el sesgo técnico (estadístico) de las investigaciones sobre el desarrollo, apartándose del estudio de las relaciones sociales que explican la pobreza. Así lo expresa Sumner:

"... poverty research in the mainstream has been depoliticised by the 'measurement obsession'. Measurement is not the problem, however. The problem is embedding poverty research within an analysis that includes distribution, social differentiation and the process of economic development – in short, the political economy of poverty". ("Where do the world's poor live? A new update". IDS Working Paper, 2012, 393: 21).

Por no mencionar la cantidad de trabajos autocensurados que no se publican porque no concuerdan con lo que establece la teoría oficial dominante.

Finalmente, el ensayo de Sánchez-Cuenca concluye de una forma algo frívola, a la manera de Rifkin con su hiper-optimismo por la tecnología. Es bastante incierto que hoy en día "en la sociedad digital ya no hay unas instancias centrales que fijen un orden de prioridades". Al menos sería bueno haber mantenido el mismo nivel crítico que en páginas precedentes, aunque tal nivel, visto en perspectiva, no va *in crescendo*. De hecho, el ensayo de la *desfachatez* hubiera quedado mejor de haber optado por esta estrategia de ir ordenando las temáticas y los capítulos en un tono crítico *in crescendo*.

El tecno-optimismo impune es desbordante cuando hace la cuenta de la vieja y afirma que "hoy surge un tema nuevo y en 24 horas cabe encontrar en Internet más de 30 o 40 artículos de opinión al respecto, examinando todos los ángulos posibles del asunto del que se trate". No es creíble tal proliferación de puntos de vista.

Sobre la escasa pluralidad en Internet es muy ilustrativo el análisis del dominio del mensaje hegemónico neoliberal recogido en *la dictadura del videoclip* de Jon Illescas. El mensaje contrahegemónico

queda arrinconado, sólo visible para legitimar la apariencia de pluralidad de los grandes medios. Si fuera cierto eso de la pluralidad y la multiplicidad de mensajes, visiones y enfoques sobre un tema, no ocurriría lo que constata Illescas (2015: 194-195):

"Por eso cuando después de cuatro años de adoctrinamiento ideológico los obreros votan en masa a partidos que representarán los intereses de sus explotadores, nadie debiera sorprenderse".

Desde otro ángulo diferente, la tesis doctoral de Iván Murray subraya lo mismo con respecto al predominio de las grandes empresas turísticas en Internet para controlar la demanda turística, pese a la aparente mayor libertad de elección de los consumidores. Por no mencionar el trabajo de Ana de Miguel sobre el *Neoliberalismo sexual*.

En otras palabras, se pierde la oportunidad para abrir la brecha a un análisis crítico de la 'desfachatez profesional' de los grandes medios de comunicación ante la economía política, ante su falta de pluralidad. Porque al final me sigue quedando un cierto regusto a ese moralismo que se contenta con criticar a tales o cuales intelectuales de más o menos fama. Es el precio de ubicar problemas estructurales en fallas de comportamiento individual.

Realmente es dudoso que el problema del deficiente debate público sobre economía se comenzaría a solucionar con la receta reformista que propone Sánchez-Cuenca (estudio previo, crítica abierta, garantía de valor añadido [este elemento es el que no veo claro cómo se aplicaría] y cuestionamiento de la autoridad). Soy escéptico, porque no veo que sea un asunto prioritariamente de conducta individual. Y, sobre todo, porque como decía más arriba, dudo mucho sobre la mayor calidad del debate en la Academia (que se supone debe ser el referente), mucho menos entre el gremio de los economistas (basta que recordemos la penosa lista de los mal llamados 'Nobel de Economía', salpicada de algunas voces heterodoxas y de una única voz de mujer).

Por último, la revisión sobre la escasa calidad económica del debate nacionalista quizá hubiera mejorado sustancialmente incluyendo en la discusión la obra de Thomas Pogge, además del debate académico sobre la renta básica y a algunos de los autores que ya plantean la emergencia de unas nuevas fronteras gobernadas por las transnacionales. ¿De qué sirve la soberanía política sin soberanía monetaria? ¿De qué sirve la nación en medio de la fuga a los paraísos fiscales? ¿De qué les sirve la soberanía nacional a los refugiados o a las tribus indígenas? ¿De qué sirven las Constituciones *democráticas* frente a los Tratados de Libre Comercio?